



(El pintor Ducornet.)

HISTORIA DE DOS PIEDECITOS.

No faltará alguno que al leer este título espere alguna riva y galante leyenda. Cierta es que basta para inquietar vivamente la imaginación y lanzarla de un solo golpe á recorrer los mas halagüeños espacios. Sin embargo, nada de galantería habrá en esta historia, y su interés únicamente dependerá de la narración de la verdad desnuda.

Tal como es, bñla aquí:

«Una noche de enero de 1800 que se ocupaban en las brillantes sorpresas del imperio, y en que el viento soplabá fuerte y seco para los pobres, en una triste habitación de la ciudad de Lila, en Flandes, una pobre mujer iba á ser madre. Este grande acontecimiento de familia, ya suceda en plena prosperidad, ya en la fuerza de la desdicha, este desahuce de los sufrimientos es tan consolador, que poderosos y miserables la saludan con bendiciones... En la noche de que hablamos, habia llegado la hora en que las privaciones y los dolores, las angustias y miserias, todo iba á ser olvidado: la mujer habia dado su último quejido, el esposo abrazaba á la madre, cuando una exclamación del médico anunció en la tristeza á esta pareja apenas consolada. El niño que acababa de recoger no tenía brazos. Este recién llegado á nuestro mundo debia ser un día el pintor Ducornet.

Como habia mucho tiempo que Ducornet se ha conformado con su suerte, como hace mucho tiempo que por su talento y su generosidad ha librado á sus padres de la pobreza, y como después de todo, según él, seyna yo y todos los que le conocen, nada le falta para participar de todos los acontecimientos de la vida, hablaré de él alegremente. Desembarcá, pues, en la tierra configurado de una manera tan original, que desde el primer momento se empezó á hablar de él. Ventaja es está que convidarian hoy los amantes de celebridad á toda costa. Habia nacido sin brazos, lo mismo que sin brazos, el tálit estaba unido al bacinete, ó sea á la parte inferior del muslo, como lo estaria el femur que le falta...

Es todo lo que me permite decir mi ignorancia en materias anatómicas. Añadiré solamente que los pies de Ducornet, gruesos y pesados, no tienen mas que cuatro dedos; y he podido observar que la falta de un dedo dá á los demás mayor libertad para moverse.

Desde la infancia, antes de poder comprender de qué utilidad tan preciosa le serian algun día, César (su lector de Sterne, padrino irónico, le habia puesto este nombre) consiguió dar á sus pies una gran destreza, jugando á las tortas, al peon y á los demas juegos predilectos de la infancia. Hizo sus primeros estudios con suma facilidad. Sus padres pensaban en dedicarle á alguna profesión propia de sus facultades aparentes, cuando Dumoncelle, profesor del colegio de Lila y hábil calligrafo, emprendió el hacerle un profesor de escritura; pero ya la vocación artistica de César se habia despertado en él.

Desde el momento en que su imaginación habia podido comprender lo que veian sus ojos, en que su tierra misma se doblegaba á los prestigios del arte, la pintura fué el objeto de su sencilla admiración.

Bien pronto abandonó los juegos de la infancia, y no encontró mas recreo que en los museos. Entusiasmado con una idea, el profesor Dumoncelle confesaba á César á hacer todo el día grandes rasgos de pluma, más que solo encontraba una mediana diversion, cuando un día en que habia admirado largo tiempo en el museo de Lila el sublime Cristo de Van-Dick, se dijo firmemente que seria pintor, y nada mas que pintor, costara lo que quisiera. En Ducornet la fuerza perseverante y la energía del hombre moral compensa ampliamente lo que falta al hombre físico; así es que desde que oyó la heroica resolución de dedicarse al arte, de que al parecer le alejaba mas la naturaleza, no dudó un momento en su porvenir; y para empezar sus estudios lineales, no hizo mas que figurar por el método de Callot, según sus monótonos cuadernos de escritura. Estó no era todo lo que querian Dumoncelle y su vanidad de calligrafo, y el profesor se quejó; pero advuemos la serie de casualidades con que la Providencia llena la vida de sus elegidos! Dumoncelle dió sus quejas de las faltas de escritura de su rebelde discípulo, precisamente á Watteau, entonces director de la escuela de dibujo de Lila. Watteau examinó atentamente aquellos rasgos, y el resultado de este examen fué la admisión de Ducornet en la escuela. Diez y ocho meses después, César habia conseguido todos los premios.

Algunos años mas tarde, el duque de Angulema pasó á Lila; nuestro héroe — se supone que hablo de Ducornet — que acababa de obtener la medalla de plata en la exposicion de Donal, le regaló una bellísima copia de aquel Cristo de Van-Dick que le habia despertado su vocación. El príncipe, sorprendido y encantado de encontrar un talento ya bien acólido bajo un esterior tan extraño, propuso á César trasladarse á Paris, César lo recusó, porque no queria separarse de su ciudad natal sin haber obtenido en ella el premio mayor. Su nacimiento

ambicion se limitaba, como se vé, á resultados nobles y magnoánimos. En el mismo año se cumplieron los votos del jóven pintor, y se puso en camino para Paris.

Paris, que merece verdaderamente tantos cánticos como sátiras; Paris, de que delíamos limitarnos á decir que se parece á una orgullosa hielada que tiene tantos vicios como virtudes, tantos caprichos como entusiasmos, tantas carezas como pasiones, Paris acogió bien esta gloria nascente. Ducornet fué admitido en la Academia de bellas artes como discípulo de Gerard y Lethière. Mereció y obtuvo, lo que es mas raro, una medalla de tercera clase; después una de segunda; luego una pensión en la lista civil, y por último el encargo por M. de Labourdonnaye, ministro de lo interior, de un cuadro que consiguió todos los votos, y que figura en la actualidad en el museo de Lila, y es S. Luis haciendo justicias bajo una encina.

En 1829 fué admitido al concurso del gran premio de Roma, y obtuvo el accesoit.

Su cuadro de concurso Jacob rehusando entregar su hijo Benjamin, fué espuesto en beneficio de los pobres, al mismo tiempo que otros muchos cuadros, en una galería que después se cerró.

Allí el lienzo de Ducornet dió lugar á una escena trágica entre un lord, entusiasmado por las pinturas, y el guardián de la iglesia: lord R... miraba con admiración al patriarca y su familia, cuando el guardián, que entre paréntesis no tenía mas que un brazo, y al que le atrais siempre hacia este cuadro una rara simpatía, emprendió la narración de qué se debia aquella obra á un pintor sin brazos. Lord R... á penas comprendió al principio; pero después que se enteró, miró al atrevido con flemático desden y volvió á su silencio admirador. El conserje, creyendo que se habia explicado mal, contó de nuevo su historia. Esta vez se dignó contestarle el lord; pero fué por medio de una elocente puñada. Sorprendido tanto como amilanado por este argumento *ad hominem*, quiso replicar el guardián con su único brazo; pero el lord era gran retórico, es decir, muy robusto, y se desembarazó del imperlinente por una conclusion rápida y sustancial, y salió furioso. Aquella tarde contó su aventura el lord en la mesa del hotel de Príncipes; y algunas personas le admiraron que era ciego, con cuyo motivo es reproducido su furor, y en aquella misma noche abandonó el hotel. Conocia algunos artistas en Paris, y fué á verlos al día siguiente y les habló de Ducornet, y todos le repitieron lo mismo, ofreciéndole conducirle á su casa. El inglés se creyó entonces juguete de una vasta mistificación, y abandonó á Paris en el estado de desesperacion mas lamentable.

Favoreciendo el sentimiento filial y de gratitud que Ducornet conserva á la ciudad de Lila, Luis Felipe le encargó en 1832 un retrato suyo para aquella ciudad. Pintando este cuadro fué cuando, incomodado por la ausencia de su padre, que siempre le acompaña, y no pudiendo alcanzar con el pié á lo alto del lienzo, asíó violentamente el pincel con los dientes, y pintó de este modo por primera vez tan maravillosamente como lo habia hecho con el pié.

Lo que caracteriza sobre todo el talento de este extraño artista, es la poesía, la animación, el pensamiento que domina en todas sus composiciones, y también la magnificencia del colorido que posee en su mayor grado. Sus principales obras son: *los trahantes de esclavos*, en el museo de Arns; *el Tasso y Leonor*; *Fausto y Margarita*; *un episodio del sitio de Amberes*; *Enrique II en el castillo de Eu*; *Sikhamban, ex-general agu de árabes en Arjel*; *la Magdalena a los pies de Cristo*; *el interior de una iglesia*; *la muerte de Magdalena*; *Cristo en el sepulcro*; *el descanso de la Santa Familia en Egipto*; *San Dionisio profiriendo en las Galias*; *la vision de Sta. Filomena*; *el Cristo*; *el general Negrier*, hecho después de muerte este, y ofrecido á los artilleros de Lila. En reconocimiento de este presente, los artilleros han encargado á Ducornet el retrato de Saint-Leger, su comandante, el cual acaba de concluirse. Me falta añadir un *es cetera* á este glorioso nomenclator, porque seria muy largo citarlo todo.

En la próxima exposicion se admirará tal vez el cuadro que acaba en este momento nuestro pintor por encargo especial del ministro del interior; es *Gloria in altissima Deo*.

Ahora que hemos contado los trabajos del pintor y bosquejado su historia, ¿no adivináis como yo el poder de la voluntad humana?... Ella ha hecho que este hombre que al venir al mundo parece que no tenía ningun elemento de existencia, ha ya llegado á cruzarse un porvenir, un talento, un nombre, una gloria! Y esto, porque ha sabido querer como debe aprenderse á querer! ¿No es este el triunfo mas brillante de fuerza intelectual?...

Algunas palabras mas pintarán con mas exactitud á Ducornet: su estatura no tendrá probablemente mas que unos tres pies y medio; sobre un cuerpo de mediana fuerza, tiene una cabeza fuerte, pero hermosa; si debemos creer á la frenología, su organizacion es verdaderamente notable; su voz notablemente sonora, y su conversacion viva y espiritual, sembrada de agudezas y pensamientos felices.

Quando un extranjero va á avistarle por primera vez, se imagina

enfrazan á su rara configuración que se hallará con algun espectáculo repugnante á la vista. Felizmente se desengaña desde el momento en que ve á César con su pincel en un pie y la paleta en el otro. Su aspecto es verdaderamente pintoresco, y sabemos que muchas bromas y de clases distinguidas vienen con frecuencia á verla y les agrada el conversar con él; en cuanto á mí, recibo siempre con verdadero placer y franca efusión en cambio de mi mano el pie de mi amigo.

Desde el nacimiento de Ducornet, no se ha separado su padre de su lado; sus dos existencias se han confundido realmente en una sola. Para no alterar la delicadeza de sus pies, el artista no debe andar, y su padre se ha encargado de llevarle siempre en brazos. Suple alegremente todo lo que puede faltar á su hijo. No es fácil ver al uno sin el otro; y el mayor disgusto de los dos ha sido la temporada del concurso para el gran premio de Roma, en que César tuvo que permanecer durante tres meses en una habitación. Para decirlo en una palabra, es la encarnación de la imagen de Victor Hugo.

Una alma en dos cuerpos.

El retrato que presentamos está dibujado en la madera por el pie del mismo Ducornet.

LA MONTAÑA MALDITA.

(TRADUCCIÓN SUIZA.)

Aun no era llegada la estación de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el mas riguroso invierno. Jamás se había visto en Suiza un tiempo tan nebuloso y frío en aquella época del año. Marchitas aparecían ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; otase silhar incandescentemente al árbole en el fondo de sus románicas grutas, haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debían convertirse en breve los ríos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; y se precipitaba ya por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, que á manera de vellón alumbra el seno de muchos de sus mas fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores: en las de clima mas benigno, luchaba todavía la vegetación contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se cobaba de ver que la ruina de aquella iba á consumirse muy pronto. ¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasión de tan rígido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta que aun no vé concluida la humildé casita de madera que levanta con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos dias!

Mas nada les importa á los ricos la estemporánea crudeza de la estación. Digalovina Walter Muller, el opulento propietario de la Blumthalp, que puede abrigar con las pieles de sus vicjas y de sus vicjas toda la colosal montaña en cuyas faldas se sientan sus numerosas *chales* (1). Digalo Walter Muller, que guarda en sus graneros provisión bastante para abastecer á un ejército durante un año de carestía, y que quema más leña en sus cocinas y chimeneas en un solo dia, que la que le menester Marta para construir diez casas, tres veces mayores que aquella que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos durante tan largo periodo de su laboriosa vida. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo bajo el cual abrigarse; Marta, la que ha pasado veinte años sirviendo esclavizada en las queridas agenas, y que se ahorra y casi niega no puede ya trabajar para ganar el pan en los dias de su vejez, Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nació entre sus lágrimas, criado con su leche, rehucado á precio de sus sudores! Marta crió con quince años de penosos sacrificios; impusos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasia á un pérido y traidor amante, y está espiondo todavía, después de otros veinte años de abandono y de miseria, la falta de amor con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predilección al desnaturalizado Walter. Esos veinte años que han pasado desde que dejó el lado de su madre, le han bastado para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blumthalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña mas fértil y florida que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas rejas de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blumthalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros dias (2). Pero Marta no osa llegar á la Blumthalp, temerosa de desagradar á su

hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y en contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebuños del opulento propietario. Desde que Walter dejó á su madre para entrar al servicio de un ganadero del país, pocas veces han vuelto á verse de cerca. Marta habla consumido su modesto patrimonio en la crianza y educación de aquel hijo, y cuando tuvo este quince años, y vió á Marta arruinada y escasa de salud, quiso buscarse por su mismo medios de subsistencia, y aconsejó á su madre que imitando su ejemplo, se proporcionara trabajo en las queridas de sus vecinos. Marta lo hizo así para no ser gravosa á su hijo, y llena de gozo al saber, poco tiempo después, la creciente prosperidad de aquel, sufría con paciencia todos sus propios trabajos y el disgusto de no ver sino muy de tarde en tarde al único objeto de su exaltado cariño. A medida que se acrecentaba la riqueza de Walter, se acentuaba también el frío desapego con que miraba á Marta, y llegó á ser tan evidente para la pobre mujer el desabrimiento con que era recibida, que escaseó sus visitas á Blumthalp, y últimamente se fué á servir á un ganadero que moraba á seis leguas de distancia, queriendo á toda costa complacer al ingrato á quien en su vejez desagradaba. Diez años después, cuando ya era Walter Muller el primer propietario de la comarca, volvió Marta á aproximarse á la Blumthalp, con la intención, como hemos dicho antes, de construirse una casita con sus pequeños ahorros, y pasar sus últimos años cerca, ya que no al lado, de aquel tan amado como desagradado hijo. Supo Walter la llegada de Marta, mas parecia olvidarse hasta de haberla conocido, y tan ápero fué el recibimiento que la hizo cuando volvió á verla después de veinte años de no vivir á su lado, y diez de separación absoluta, que la infortunada vieja, llena de timidez y de dolor, no se atrevió desde entonces á presentarse á su vista.

¿Era, por ventura, la avaricia la que inspiraba á Walter tan inexcusable conducta con la mujer á quien debía la existencia? ¿Temoa acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana excusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blumthalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras agenas, gusta Walter de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa: si obsequia con un balle campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas en las que siempre se acredita de galán y rumboso: si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de veinte leguas á la refonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta extravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y á la que ha mandado construir un establo tan espacioso y tan rico que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposentó, como único dueño, el gallardo animal, por quien manifiesta el ganadero predilección decidida: de él la sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres dedicados exclusivamente á su servicio; y en él la visita Walter todos los dias, haciéndola cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es frío y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, su hogar en el mundo, en alguna de las muchas veces que vé á su ternera blanca tan magníficamente alojada; jamás al preparar los abrigos de la bestia favorita se le ha venido á la mente la miseria y abandono en que se encuentra aquella que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

¡Increible se hace semejante indiferencia en el corazón de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana, agriada por el infortunio, se haya vuelto regañosa y arisca hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; porque cuantos la conocen ponderan la blandura de su condición, y los buenos hábitos que la distinguen entre la gente de su clase. ¿Será que los ricos de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! el gran pecado de aquella infeliz mujer no es otro que su excesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Será que se avergüenza este de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que le castiga por una falta de que ha sido fruto él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud, aunque haya sido Marta tan escalante madre y haya espido con tantos sufrimientos la cuna de su juventud, que se hagan inexcusables semejantes sentimientos en el corazón de su hijo. Cualquiera, empero, que sea la causa, no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada vieja, y en el inminente otoño, de que hemos hablado, se enida mas de su ternera blanca que de la desvalida madre que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

(1) *Chales* es el nombre que se da en Suiza, y como en otras novellas hemos dicho, á unas casas de madera en que se aposentán pastores y ganados durante el mal tiempo.

(2) *Blumthalp* significa montaña florida y floreciente.

—Habita, decía jactanciosamente el propietario de la Blümlialp, en la más fértil montaña de todo el cantón de Thun, y tengo en mi ganado la más hermosa res que ha nacido jamás en sus opulentas falda.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió orgullosa su vecina Nicolás Heber, porque también os ha dado la madre más buena que existe en el mundo.

Walter se desentendió, y más nunca desde entonces volvió á convalidar Nicolás á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era aquella una apariencia engañosa. —Mi Walter, solía decir, es algo raro; cualquiera creería que no me amaba, observando su comportamiento, mas yo tengo pruebas incuestionables de su secreta ternura. Cuando sólo contaba ocho años mi adorado niño, fui postrada en cama por una larga y penosa enfermedad, y él se pasaba los días llorando á mi cabecera: verdad es que desde entonces di muestras de la singularidad de su índole, pues tratado una vez de consolarme asegurándome que no padecía, que me encontraba mejor, me dijo con desenfado: —¿Acaso lloro por eso, á porque desde que no trabajáis no tengo nada que ofrecer á mis amigos?—Y era, añadía la cándida vieja, que le daba vergüenza confesar su ternura, pues siempre ha sido muy reservado en este punto. En otra ocasión di una gran caída bajando de un granero, y todo el día se estuvo dando alaridos el pobrecito sin querer alimentarse. Siempre que refería Marta este segundo rasgo del cariño filial de Walter Muller, se olvidaba de advertir que había ocurrido aquel suceso en el mismo día en que se celebraba una gran fiesta en cierto lugarón cercano, y que á causa de su caída el chico se había visto privado de asistir á ella como se le tenía ofrecido.

Algunas comadres solían preguntarle, maliciosamente, por qué tomaba el capricho de no querer vivir con un hijo tan excelente como pintaba al suyo.

—¿Qué queréis? respondió Marta; por mucho que se quieran dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo de continuo, y él por su parte se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa; ya véis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si llevando más lejos la curiosidad, ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuánto ascendía la pensión que le tenía señalada su opulento hijo para que pasase con comodidad y sosiego su achacosa vejez, contestaba con prontitud que le era tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas le permitían. Tengo lo necesario, añadía, y no he menester que Walter se prive de nada para dármelo á mí; bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la providencia; pero soy más dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase colmada de sus dones una vejez ociosa, sintiéndome agil todavía.

Así se expresaba por lo común la desgraciada madre, mas sufría mucho en su interior por el desprecio de su hijo, y se quejaba amargamente al cielo cuando podía hacerlo sin testigos. —¿Qué le he hecho, Dios mío, exclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra, y del ensiño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?—En el instante mismo en que urtaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurría á Marta que estaba oscurecido con ellas la indignación de Dios contra su hijo, y solía interrumpirse bruscamente poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter. —Yo lo he estado á perder, bendito Dios, prorrumpe sollozando: yo soy la única persona criminal y digna de castigo. He sido una madre débil, y obré con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le toméis cuenta de él, Dios mío, porque no hace más que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegación de Marta no la preservaba, empero, de vivas inquietudes y pasajes, al ver la crudeza del tiempo y que en casa estaba muy lejos todavía de encontrarse habitable. ¿Por qué no recurría á mi hijo? se dijo últimamente á sí misma: acaso ignora que me halla sin asilo; que paso estas últimas noches preferida por caridad de los pastores en algún establo de vacas. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladron, para verlo de lejos cuando sale á cazar con su rico traje verde, con el que está tan hermoso? No por cierto: iré á abrazarlo con la confianza que debo tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez previno la fidelidad con que me recibió cuando estuve á verle, hace dos meses, del ensajo que le causaría el que me presentase tan urrada y tan encogida: hasta los celos se reinan de aquellas mi necia turbación, que me daría sin duda el aspecto de una estúpida. Pues no: lo que es ahora iré con tranquilidad, con serenidad; diré en alta voz: ¡soy su madre! y satisfecho sin esperar permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy á vivir á su lado hasta que se concluya mi casa. —¿Y qué es un buen día, me dirá: ¿qué otra contestación puede darme? No es mi ánimo abusar de su bondad; se lo haré entender;

no pienso alterar por mucho tiempo con mi presencia sus hábitos de solteron. Nos volveremos á separar tan pronto como yo tenga mi asilo, pero le confesaré que he gastado en construirlo todos mis ahorros, y me dará algo con que ir pasando. Nunca me ha sucedido á decirle que estoy muy pobre, y que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la cordada de mi vista. Esta vez le hablaré muy claro; se lo diré todo, y yo seré tan desnaturalizado como muchos lo eran; ¡qué dicha la mía si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! si puedo decir en alta voz: ¡Walter Muller es un hombre de bien á carta acabada, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia!

Atentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el día 26 de octubre, en que cumplían treinta y cinco años del nacimiento de aquel. También el amor maternal tiene sus coquetearias, así es que la buena mujer pasó toda una semana preparando sus atavíos para aquella solemnidad y suspirada entrevista. Arregló lo mejor que pudo la saya de bayeta verde y el corpiño de pana que había estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entonces como una preciosa reliquia.

—No hay para qué avergonzarse, decía, presentándose á él como orgullosa mandiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el día más feliz de mi vida: el día en que lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que recibiese la gracia del bautismo.

Llegado el 26 de octubre se hizo peinar Marta por una de las más hábiles muchachas de aquellos contornos: colocó sobre sus cabellos grises, alisados y entretregidos con cintas de estambre, una gran cofia blanca con abalados follos; vistió su traje verde de corpiño negro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su bastón de viaje con regalo de hierro, y emprendió su marcha á la mitad del día, después de encomendarse á los santos de su particular devoción, y muy especialmente á la bienaventurada Virgen.

Se proponía llegar á la casa de Walter en la misma hora que lo había echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al observar que el día, que amaneciera sereno, se iba nublando á toda prisa, comenzando á soplar un viento frío y seco que hacía en extremo desagradable y fatigante la ascensión de la montaña.

Walter, mientras tanto reposaba de las gratas fatigas de la noche anterior, en que había solmizado con baile y epigrama ceta la víspera de su cumpleaños. Eran más de las dos de la tarde cuando dejó por fin sus mollidos colchones, y viendo lo desparecible del tiempo, y que casi menuda, pero incessante lluvia, mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; pues desistía de su primera intención, que era celebrarla con sus pastores en los bosquesillos que bordea todavía las amenas orillas del lago Oeschi. Por merced extraordinaria, y en gracia de la festividad del día, admitió á su mesa al dueño propietario á sus criados favoritos, y duró dos horas el banquete con que le plugo recibirlas.

¡Viva Walter! y viva el generoso ganadero de la hermosa Blümlialp! gritaban los pastores al levantarse medio hora antes de la mesa; y el amo, que apenas había probado los añejos vinos, á los variados manjares, fastidiado ya de su propia opulencia, fué á tenderse holgazando en un ancho sillón cerca del fuego, mientras sus servidores lo encomiaban á portia, tambaleándose unos, besos otros como postes, para dar prueba de que no les hacía efecto la estidud y cantidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos. —¿Qué agradable es, dijo el ganadero, á la sazón el agua y sibar al viento, estando al abrigo de un robusto techo, y al calor confortante de una buena chimenea!

—Pero qué desagradable debe ser semejante tiempo, respondió el pastor Franz que se había acercado á sus pies, para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¿Quita allá con tus reflexiones, borrachón! exclamó Walter: nunca falta techo y hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen que se haga mención de ellos.

En aquel instante entró otro pastor á quien prestaban atrevidamente las vapores del vino. —Señor, dijo con lengua ostropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablarme.

—¿Qué dichoso se le ofrece? preguntó el ganadero acomodándose mejor en su gran sillón.

—Dios que es vuestra madre, replicó el beodo: querrá echar un trago á vuestra salud, y por San Best que bien lo ha menester, pues está tiritando de frío.

El propietario de Blümlialp se removió de nuevo en su sillón, como si le pudiesen chistar, y dijo luego con desabrido tono: —¡Pues bien! llevad vosotros á la cocina y qué se caliente y se refuete como mejor le parezca.

Obediente á esta orden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo más pronto posible, cuando sin aguardar consentimiento se presentó la vieja en aquella estancia, empapada

sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

—Señora! exclamó Walter; ¿qué venís á hacer aquí con un tiempo como este?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumple treinta y cinco años, hijo mío, y la que te dió á luz en esta misma hora no debía dejarla pasar sin bendecirle y felicitarle.

—Era escusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pie ni ofrecer silla á su madre; pero ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apenas sostenerse: descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y es la única gracia que te pido, que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohín de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y expresó con una seña que permitía á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frío, á la fatiga y á la emoción de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un día tan malo; si algo necesitárais pudierais decírselo á vuestra compadre Heber, que me ve con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo, era verte y oírte, hijo mío, repuso con timidez y turbación la desgraciada madre.

—¿Y qué pensáis hacer ahora? exclamó el ganadero; ¿cómo regresaréis á vuestra casa con un tiempo tan atroz? —No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harías la merced de recibirme en la tuya hasta que... —Walter no la dejó acabar la comenzada frase. —Imposible! exclamó; no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar mas de eso. Os daré algun dinero para que os proporcionéis esilo, pero debéis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza, le prestó momentánea energía, y con voz mas firme que hasta entonces, pronunció estas palabras. —Me arrojaré de tu hogar, á mi, á tu madre, en el mismo día, á la misma hora en que tuvo la desgracia de echarse al mundo para modelo de ingratitude y de barbarie! ¿Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á parecer halada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan intempestiva visita. ¿Reconvenciones ahora?... ¿cuál es la ingratitude que me echáis en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojársteis al mundo no fué ciertamente por haberme bien, sino porque era forzada consecuencia de haberos vos divertido; y cuando á fuerza de trabajos he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi matrimonio, venís á recordármelo con impudencia, y me acusáis de ingratitude porque no me pongo á vuestras extravagantes caprichos. ¡Académame, señora! si queréis cosas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiquéis; pero dejadme tranquila y terminemos el punto esta desagradable entrevista.

—¡Crúel! ¡crúel! prorrumpió la anciana con indescribible acento: máteme y no me habéis así. ¿Queréis afrontar me delante de tos criados?... ¡Oh! eso es horrible, Walter! ¡es en odioso!

—Retiraos, pues! dijo con ademán imperioso el tahomano hijo.

—Walter! corrió á llamar Marta; ¡tígnese el corazón de un tigre! sin duda he cometido imperdonable delito al dar existencia á un monstruo como tú.

—¡Marchaos! volvió á gritar Muller con gesto amenazador: no me obliguéis á tratáros como no quisiera. ¡Marchaos pronto, señoras, y no volváis jamás á poneros en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se le permitieron sus fuerzas, y perdiendo la dignidad que por un momento le prestaran la indignacion y el dolor, se abatió completamente hasta recurrir á la mas humilde súplica.

—No me arrojes de tu casa, hijo mío! dijo juntando sus manos. Mira, ¿ya es de noche! ¡está lloviendo... hace frío! ¡no me arrojes de tu casa á semejanza ahora, con este crudo tiempo! ¡ten compasion de tu madre! Perdóname si te he ofendido; yo te amo, Walter, como á las niñas de mis ojos... tú eres lo único que amo en este mundo; no seas implacable conmigo. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas; que te has criado á mis pechos, y que he trabajado quince años para que nada te faltase. Si ahora soy un ser inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—Os he dicho que me dejéis tranquilo! ¡Vive Dios! exclamó el ganadero dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal ruido á la pobre vieja, que se echaron á reir los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena. Marta, empuern, no recobró con todo eso su color y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me vé muy lejos apenas sea de día; me iré, Walter, te lo prometó, repetic la infeliz. Solo te pido que me dejes pasar la noche de-

bajo de tu techo, aunque no sea mas que por ser aniversario de la primera que tú pasaste en mis brazos. Si no quieres vérmé me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, yo me iré con ella; dormiré á su lado, y te la cuidaré, hijo mío. Ya sé que es un gallardo animal que te mereca cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedis! dijo Walter con una carejada que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!.. Tened entendido que ese establo es un palacio, según lo llaman en el país, y que reina en él, con propiedad absoluta y esclusiva, un hermosísima ternera. Nadie entre allí, señora; nadie sino yo y los servidores de mi favorita: así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga mas oscuro la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras; aun se reían los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento que aumentaba por instantes su espantosa violencia: de repente se pond en pie la anciana, cuya estatura parece haber crecido según le presta magestad la expresion extraordinaria é imponente que adquiere de impróvisu toda supersona. A la rojiza luz que levantan en aquel momento los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniefros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que escapándose de la coña se deslizan empajados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear bajo dos cejas contraídas por la indignacion los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escaracada, que se ha enderezado al fin vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperacion; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos hucgos y floacos, y con voz tan entera y robusta que domina los bramidos de la tormenta: *Maldito seas!* pronuncia lentamente. *Malditas tus riquezas y la montaña que habitas.*

No dice mas: nadie osa responderle; todo queda sumido en payoroso silencio, y alla sale de aquella inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda: la lluvia incansable; el viento penetrante y frío: Marta caminaba, sin embargo, á bajar la montaña con paso firme, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas laderas, tan celebradas por su fertilidad y lozanía, se van cubriendo de un monte de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los pies de la vieja se asientan en el último recesso, un estrépito horrible arranca de su traido sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blümlialp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al día siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro y dolor un espectáculo extraordinario. La *Montaña florida* se habia convertido en horrible monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y de los enormes trozos de piedra desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del norte. Bajo aquellos fragmentos yacian sepultados tambien Walter Muller, sus casca, sus pastores y sus rebaños. ¡La destrucion habia sido completa!

Al pie de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradicion asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en valde esperaron aquellas buenas gentes un tío y otro tío, un lustro y otro lustro que volviere á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blumlialp*. Jamás desde entonces se han derretido sus perdurables nieves; jamás yerba alguna se ha visto florecer en sus escombrosas laderas; jamás han vuelto á bregar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del país á quienes sorprende la noche por aquellas cercanías, se sentían conmovidos y apartan la vista con temor de la *montaña maldita*. Sin embargo, todavía la designan los guías de Suiza con el bello nombre que antaño mereció, y del cual se pasan los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por aspéras vertientes, atronadoras cataratas. Tal es el aspecto que presenta en nuestros días la *montaña florida*, la infelice *Blümlialp!*

G. G. DE AVELLANEDA.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO VIII.

Todavía las bodas de la infanta doña María.

No bien habia llegado Luisa Sigea á su habitación llevando en sus manos el perdón de Luis de Camoens, cuando le dieron la orden de pasar al cuarto de la infanta doña María.

Hallóla pálida y abalida. Su tono, bien diferente del que había empleado la vispera para despedir á la Sigea, tenia algo de doliente y de humilde.

Hizo la señal de que se sentara, y apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar alguna cosa que tenia decir. Por dos veces se movieron sus labios para articular una palabra, y por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo y dijo:

— ¿La persona á quien yo he denunciado está moribunda, no es verdad?

— Señora! exclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

— Sí, al fin la denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentía como remordimientos... bajé al jardín para respirar el aire fresco, y... ¡Virgen Santa!... ¡el suelo estaba regado de sangre!... Llamo á los guardias... preguntó... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

— ¿Pero ese caballero?...

— Don Mariano Enriquez.

— ¡Dios mío!

— ¡Ay! al saber esto corrí desalentada á encerrarme en mi gabinete, y he estado como loca hasta que me resolví á llamarte. Es preciso, Luisa, vengar á ese desgraciado. Es preciso pedir al rey el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar á un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exigente lo he espuesto á ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, y quiero que se le castigue, y que tú misma vayas á pedir justicia al rey: justicia para un compatriota, para un español.

— Señora! respondió Luisa con voz sombría. Lo que ordena vuestra alteza es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

— Luisa!

— Porque el agresor es Luis de Camoens, y acabo de alcanzar su perdón.

— ¿Y eres tú, mujer cruel, la que dijiste amar al español? exclamó la infanta mirando con sorpresa y con indignación á su maestra.

— Yo, señora, la que le amo.

— Si, continuó doña María con una amarga sonrisa; el amor de la filósofa, de la sábia... está herido, está moribundo, y corres á los pies del rey á pedirle el perdón de su asesino porque es un poeta. ¡Misera vanidad de la gloria que sobrepones á la justicia! Está bien, perdón el rey al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

— Señora, me juzgais sin oírme. Yo ignoraba quien fuese el herido por la mano de Camoens, y pedí al rey su perdón porque me lo cogó una dama, y porque Luis de Camoens necesita la vida y la libertad para gloria de nuestro reino...

— Pero ya que sabes que él es culpable...

— Iré tambien á llevarle el perdón. Señora: mi mano, rebelde para escribir la denuncia de un español, es dócil para regamentar el perdón de un portugués.

Yo no obedezco á los príncipes cuando estos quieren perder á un inocente; pero sirvo á los reyes cuando quieren salvar á un culpado. No quisé hacer daño al que amaba, pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó á que la infanta le despidiese para ir á llevar el perdón á Camoens; pero la infanta, con los ojos bajos y entregada á una meditación profunda, parecia haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pie, hasta que doña María pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, y entonces movió la cabeza para despedirla, y se halló frente á frente con el infante cardenal que estaba detenido á la puerta del gabinete.

Salió Luisa, y doña María recibió á su hermano con una sonrisa glacial.

— El obispo de Agda, dijo el infante cardenal, vendrá dentro de media hora por vuestra respuesta.

— ¿Para qué, D. Enrique? ¿No es el rey el que ha formado estas bodas? O mejor dicho, ¿no es el embajador el que las ha ordenado?

— Pero el si debéis darle vos, hermana mía. El embajador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

— ¡Hipocrita política, hermano mío! no solo se dispone de la mano de los príncipes, sino que se les obliga á que mientan. ¡Preferible es la boguera del Santo Oficio, porque al fin allí la víctima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

— ¿Quién sabe, hermano mío, si amareis á D. Felipe?

— Nunca: he visto su retrato. Su perfil me asusta.

— ¿Es posible!...

— Hay algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la copia altera su fisonomía. ¿Qué será en el original?

— Espero, doña María, que vuestra preocupación se desvanezca cuando le conozcáis.

— Espero, D. Enrique, de la protección de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

— ¿Osareis rehusar?...

— Yo no rehusé nada; seré como siempre, dócil: pero vereis cómo mis bodas se desharán.

— Hoy aceptais y mañana partimos.

— ¡Mucho confiais en mi desgracia!

— ¡Mucho teméis de la fortuna!

— ¡Fortuna será que quede libre!

— ¡Desgracia será que no os salden reos!

— ¡Corona de martirio!

— ¡Corona de gloria!

— ¿Sois ambicioso, hermano mío?

— Me predijo una hechicera que sería rey, hermana mía, y mandé quemar á la hechicera.

— ¿Porque no se había cumplido su augurio?

— Porque no se cumpliera.

— ¿Pues cómo quereis que sea yo reina, temiendo lo vos?

— Porque serais una buena reina en España y yo un mal rey en Portugal.

— Lisongero estais á fé mía.

— Os hablo ingenuamente; es muy difícil ser sucesor de D. Manuel el Grande: su memoria hace á D. Juan pequeño.

— Mas difícil es aun llevar con magestad una corona donde asombró al mundo con la suya doña Isabel la Católica.

— Si, es verdad: doña Isabel fué muy grande. A ella se debe la institución de nuestro Santo Tribunal.

— ¡Ay! ¡ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado, no contáramos ese...

— ¡Justo Dios! ¿qué digo, doña María? ¿vos pensais así? ¿me engañan mis oídos?

— ¡Horribles hogueras donde se abrasan las criaturas!...

— ¡Silencio, silencio! ¿criaturas llamais á los hereges?

— Yo os he visto llorar, hermano mío, cuando se ha verificado un auto de fé en que se quemaba á los hereges.

— ¡Oh! porque yo tampoco soy perfecto, hermana mía: porque yo tambien soy débil algunas veces.

— Porque sois bueno; porque os horroriza como á mí aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os despedaza las entrañas ver sus gestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

— Basta, basta: no me recordéis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios; pero no las recordemos...

— Si, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente á quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mío, de mi denuncia contra el español?

— El tribunal os ha declarado buena católica.

— Gracias, D. Enrique... ¿pero á él?...

— Era ya necesaria una prueba de estas para rehabilitaros: para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los príncipes portugueses ayudan al Santo Tribunal. Cortesanos imprudentes habían comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

— ¿Y han abuelto?...

— De un idólatra digno del mas severo castigo...

— ¿Qué he hecho! exclamó la infanta cruzando las manos.

— Vuestro deber.

— ¿Y le condenaréis?

El infante cardenal guardó silencio; pero basta respuesta era el ceño que anubló su semblante.

— ¿Le condenaréis? repitió la infanta con voz trémula. ¡Ah, si así fuese, D. Enrique, tendria derecho para ejercer al tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavia mas oscura cubrió el rostro del infante cardenal; miró fija y severamente á su hermana un largo espacio, y luego le dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa y blanda como lo era, si no destemplada y dura.

— Vuestra razon estraviada os está haciendo proferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del oído, os pudierais á vos misma oír, os mordierais la lengua. Beponeos, doña María, y abandonad un asunto extraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde á una ilustre princesa. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los labios de la infanta temblaron con una violenta sonrisa, y una palidez sinistra cubrió sus mejillas.

— Don Enrique, no temais que lleve á mi deber, contestó con dignidad; pero decidme qué castigo preparais al reo.

— La hoguera, señora.

—Gracias, respondió la infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreír.

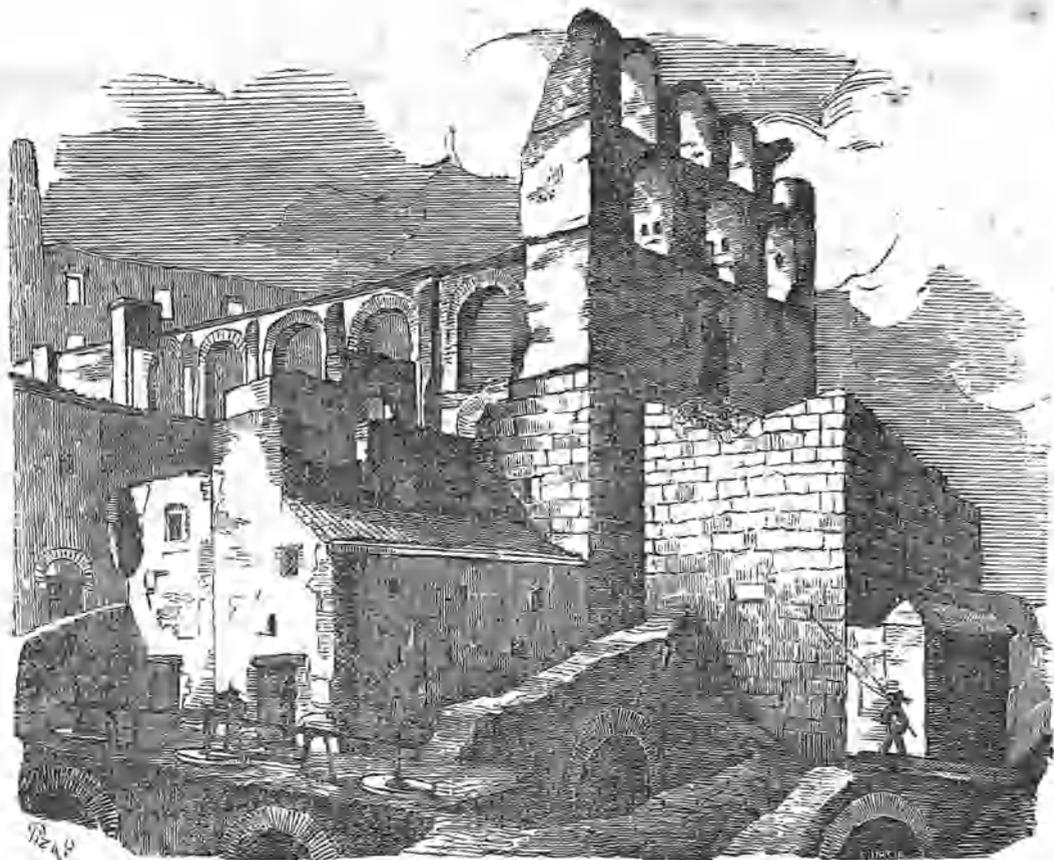
Oyóse en esto anunciar al obispo de Agda.

Entró el prelado: doña María se levantó y fué á tomar su mano,

pero faltó tierra á sus pies, luz á sus ojos, vida á su corazón, y cayó exánime.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Ruinas del Artificio de Juanelo.)

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEÓN.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

Aunque ya han desaparecido, al menos tales como antes se conocían, mucha parte de las antiguas dignidades seculares de Castilla y León, habiendo solo quedado como títulos de honor y distinción en las casas en donde en un principio radicaron; sin embargo, no es tan despreciable su recuerdo que no merezca un lugar preminente en la historia y en las columnas del SEMANARIO. Las altas funciones de estos dignatarios, los hechos de armas y otros notables acontecimientos que van unidos á sus nombres ó ilustre descendencia, no dejan de llamar la atención, mucho más habiéndose de épocas antiguas, donde todo es interesante y curioso.

Comenzaremos en este artículo nuestro trabajo por la dignidad de alcaide de los donceles, radicada hoy en la ilustrísima y gloriosa casa de Córdoba, y su actual poseedor en una de sus infinitas ramas el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, como descendiente del primero que obtuvo aquel honor y señalada preeminencia.

La palabra *doncel*, derivada según algunos de *dominus* ó *domicellus*, diminutivo de señor; y según otros, y es lo más probable, de *adolescens*, significa *joven* ó *mancebo*, y se aplicó desde el siglo XII, que es cuando comienza á sonar en nuestras historias, á ciertos jóvenes de casas ilustres que desde su tierna edad comenzaban á servir de pajes á los reyes, y después, quedándose con ese nombre, los acompañaban en la guerra, lo cual hizo creer á Salazar de Mendoza, en su obra de las *Dignidades seculares de Castilla y León*, que los donceles no eran pajes de los reyes, y sí gente de guerra, aunque criados en su palacio.

Ya en los tiempos de D. Enrique I, que sucedió de corta edad en la corona á su padre D. Alonso, se hace mención de los donceles que le acompañaban y asistían, y en cuya compañía murió desgraciadamente, jugando con ellos, por motivo de su corta edad. Así se es-

presa su crónica, y lo consigna Argote en su *Nobiliario de Andalucía* «Jugando (D. Enrique) conforme á su edad con sus donceles, uno de ellos, del linaje de Mendoza, tirando una téjuela á una torre, dió en el tejado de una casa, del cual cayó una teja que hirió en la cabeza al rey, de lo que dentro de diez días murió.»

Los donceles ó pajes de los reyes fueron siempre personas ilustres y de las mejores casas de Castilla. En nuestras historias consta que lo fué de D. Enrique III, llamado el Boliente, el célebre D. Pedro Niño, conde de Buena, de quien hay crónica escrita; D. Alvaro de Luna, gran privado de D. Juan II, que terminó sus días en un cadalso, y el acreditado escritor mosén Diego Valera, fuéronlo también del mismo rey.

En esta misma época, el tener donceles á su servicio, considerados en cierto modo como pajes, no era privativo de los reyes; pues en el testamento del cardenal D. Gil de Albornoz, otorgado en Viterbo el 29 de setiembre de 1504, y que trae copiado Juan Ginés de Sepúlveda, hay una cláusula que dice así: «Item mando á cada uno de los donceles sesenta florines; á los otros oficiales y palafreneros míos y á los pajes de los oficiales, á cada uno treinta florines, etc., y á cada uno de los pajes de los garzones quince florines.»

Con motivo de crear D. Juan II á su primogénito D. Enrique príncipe de Jaén, y darle el señorío y jurisdicción completa de toda esa tierra en calidad de feudo y mayorazgo, por su grande importancia como frontera á los moros que por allí hacían sus invasiones, sobre lo cual se despacharon las provisiones necesarias en 20 de octubre de 1444, según asegura el citado Argote, entraron en servicio del príncipe muchos jóvenes de la nobleza de Andalucía, entre los cuales se cuentan como más notables, y como criados en su palacio y casa, D. Beltrán de la Cueva, que fué su gran privado después que llegó aquel á ser rey; D. Miguel Lucas, condestable de Castilla; D. Juan de Valenzuela, gran prior de San Juan, y otros muchos que sería largo enumerar.

Ya que incidentalmente se ha tocado este punto, advertiremos á nuestros lectores que observen de paso que la singularidad de haber obtenido nuestros príncipes herederos en la corona el feudo y señorío

de Jaén y su territorio, á semejanza del de Asturias, que aun se conserva vinculado, es noticia poco conocida y rara, quizá por la razón del corto tiempo que duró esta investidura; pues en la sucesión siguiente ya no se hace mención de semejante mayorazgo, que caducó sin duda por no haber tenido hijos Enrique IV, quien anteriormente había disfrutado, antes de heredar la corona, tan honrosa preeminencia.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á nuestro principal asunto de los donceles, pasaremos ya á hablar de sus alcaides, como dignidad de Castilla.

Es verdaderamente notable que, mencionándose poco ó mucho en toda la sucesión de nuestros reyes desde D. Enrique I hasta D. Alonso XI las personas y calidad de los donceles de palacio, no se haga la mas mínima mención de sus alcaides, ni se encuentre en todo ese tiempo caballero alguno investido con semejante dignidad; lo que nos induce á creer que no la hubo hasta esa época, y que se instituyó con motivo de alguna hazaña gloriosa que realizase alguno de la familia de Córdoba, ya en el largo y notable sitio de Algeciras, ó en la célebre batalla del Salado; pues en ese linaje ha quedado desde entonces vinculada.

Nada se encuentra en nuestras leyes de partida relativo á esa dignidad, así como se trata en ellas extensa y menudamente de las de canciller, adelantado y merino.

El primer rastro que de ella se encuentra, dice el eruditísimo Salazar de Mendoza, es en el reinado de D. Alonso el XI, en cuya crónica se lee que dió ese título de *alcaide de los donceles*, con el cargo de capitanear á estos y de dirigirlos en la guerra, á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cañete, sin que conste la ocasión ni el motivo de semejante creación.

En esta época debía ser numeroso el cuerpo de los donceles, é importante el cargo de su alcaide, pues figuran bastante en las campañas de su tiempo. En la citada crónica de D. Alonso, cap. 285, tratándose del mencionado Alonso Hernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, y de su joven, aunque selecta milicia, cuando estaba en el sitio de Algeciras, se lee lo siguiente: «Este alcaide y estos donceles eran homes que se habían criado desde muy pequeños en la

cámara del rey y en la de su merced, y eran homes bien acostumbrados, é habían buenos corazones, é servían al rey de buen talante en lo que les el mandaba, é estos fueron comenzar la pelea contra los moros, é eran fasta ciento de á caballo que andaban á la guerra.»

En el reinado de D. Juan II fué alcaide de los donceles Martín Hernandez de Córdoba, quien mereció ser nombrado embajador del rey de Castilla en el célebre concilio de Constanza, cuando el gran cisma de Occidente, y en sus actas se hace mención de ese personaje con el nombre de *Præses domicellorum*. Maritico Siculo le llama también *Domicellorum custos*.

Restanos ahora dar una sucinta noticia de los alcaides de donceles que ha habido desde su creación hasta que entró esa dignidad en la ilustísima casa de los duques de Medinaceli, sus actuales poseedores, como marqueses de Comares.

Fué el primero que obtuvo este cargo, como ya dejamos apuntado, D. Alonso Hernandez de Córdoba, hijo de D. Fernan Alfonso de Córdoba, señor de Cañete, Paterna y Lueches, progenitor de los marqueses de Priego.

Por no haber tenido sucesión, siguió en el empleo y fué segundo alcaide su hermano mayor, D. Diego Hernandez de Córdoba, y tuvo este oficio en tiempo del rey D. Pedro, de cuyo servicio se separó por haber éste dado muerte á su primo Gonzalo Hernandez de Córdoba, uno de los valerosos caballeros de su tiempo, y encomendado su ejecución á D. Martín Hernandez de Córdoba, maestro de Calatrava.

Sucedióle D. Martín Fernandez de Córdoba, su hijo, en la dignidad de alcaide y señoría de Espejo y Chillon que aquel había comprado al conde D. Sánchez, hermano de D. Enrique II, y del que se fué mayorazgo en 1375. Este caballero fué valeroso en las campañas militares, como lo acreditó en las de Antequera, Ronda y Batenil contra los moros, donde hizo hazañas de capitán famoso en los tiempos de D. Juan II, cuyo embajador fué, como ya queda apuntado, en el concilio de Constanza celebrado para la elección de pontífice y terminación del cisma, acompañándole para ese fin D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla.

(Concluirá.)

